escena del segundo acto, en que Juana se encuentra con Angela y la arroja de la casa.

¡Ah, qué escena! ¡Y qué deseo tenía ya de acometerla valientemente, en la seguridad de obtener ruidosos aplausos!

Su profesor la felicitaba.

—Esperad un momento, Mr. Perron—respondía ella.

Después le preguntó:

—¿Y Mr. Saint-Ives?.... ¿le habéis visto?

—Todavía no.

Verdaderamente era extraño. Pero no, Saint-Ives estaba por allí en cualquier parte invisible, ocultándose, más temeroso que ella misma. Finalmente, ¿qué más? ¡estaba segura del éxito!

Comenzó el segundo acto. A la derecha se veía un proscenio que Pepezat había notado ya, dirigiendo á él sus gemelos, como si allí hubiera de aparecer *ella*.

En el momento mismo en que Juana Michelin entraba en escena en medio de un baile, y que Elena, atravesando el teatro, se encontraba frente á aquel agujero obscuro, el único sin ocupar que se veía, se oyó un ruido en el proscenio, cuya puerta se abrió; una acomodadora, con un gorrito adornado de cintas color rosa, colocó un almohadón en una de las sillas, y un segundo después, soberbia, deslumbradora, llena de diamantes, pálida y llamando la atención de todo el público, desde la orquesta hasta los palcos, excitando la admiración y provocando un movimiento general de gemelos, apareció Clotilde Verrier, permaneciendo un momento en pie y paseando su altanera mirada por

aquella sala que la contemplaba. Luego, dirigiendo sus negras pupilas al escenario con una sonrisa imperiosa de satisfacción, siguió la entrada de Elena, á la vez que con su brazo elegante y delgado y su manecita nerviosa señaló con un movimiento dominante y cariñoso al mismo tiempo, á alguno que parecía haberse quedado á la entrada del palco, el asiento que estaba vacío á su lado.

Y como si tuviese una pesadilla, Elena, que maquinalmente había levantado la vista hacia aquella mujer; Elena, que sentía en sus mejillas el fuego que despedían las pupilas de su rival; Elena vió un á hombre lívido, nervioso, que se mordía el bigote, entrar automáticamente en el proscenio, sentarse bruscamente en el sillón que Clotilde adelantaba, y permanecer allí inmóvil, con el labio trémulo y los ojos fijos.....

Era él, era Saint-Ives. Y como bajo la influencia súbita de un filtro, Elena lo veía llegando allí, obediente, dominado, sin voluntad, tímido como un niño á impulsos de la orgullosa mirada de la argelina.

Entonces todo se borró de la vista de Elena; ante sus ojos pasaba todo arrastrado por un torbellino; un negro agujero enorme y anchamente abierto la rodeaba, y sin distinguir nada, viendo sólo aquellos dos rostros, asomados por entre el rojo terciopelo del palco y favorecidos por los centelleantes reflejos de los adornos de cristal que brillaban con los colores de un arco iris, la desdichada se llevó las manos á la frente, sintiéndose caer, queriendo gritar, creyendo morir.....

Como herida por el rayo se desplomó sobre la alfombra, dando con su cuerpo en el suelo.

Un grito de espanto salió súbitamente de todo el público, que se puso de pie. Se bajó el telón. Los espectadores se precipitaron en busca de noticias.

En el proscenio, Saint-Ives se inclinó como atraído hacia afuera, é instintivamente se dirigió á la puerta para correr al escenario, fuera de sí.

Pero la delicada y nerviosa mano de Clotilde le sujetó, y con sonrisa dulce é implacable y expresión de caricia de gato,

—No te muevas—decía la cómica.—Tú lo has prometido. Yo he cumplido. ¡Cumple tú á tu vez!

El público esperaba lleno de ansiedad. En seguida se levantó el telón, y Roblot dijo que sólo había sido un desvanecimiento sin importancia. La función se iba á continuar. Mlle. Gervais suplicaba la indulgencia del público, y éste contestó con aplausos. En efecto, Elena apareció al momento, vacilante, sin mirar más á aquel palco del que caía para ella una corriente de lava, sin fuerza todavía, pero conmovida hasta lo íntimo por los aplausos animosos y compasivos con que la recibía la sala, que nada había visto, nada adivinado, nada comprendido, y que quizá se habría burlado si hubiese sabido que el desvanecimiento que se creía un sufrimiento físico era la consecuencia de una crisis moral. Y entonces, como si aquel hierro encendido que llevaba clavado en su cuerpo comunicase á Elena Gervais una energía, una cólera, una indignación más terrible, representó con arrebatos de celos, con gritos de desprecio y una rabia loca,

su papel de esposa ultrajada, en toda la escena que tenía con Lucy Vaughan, la cual, admirada, no apartaba de ella sus grandes ojos indiferentes.

Aquella impasibilidad de la inglesa frente á la furia de la actriz era tan hermosa, tan humana; tan verdadero era, tan conmovedor, tan doloroso y tan imponente ver aquella mujer poniendo en acción todos sus nervios, mostrando su dolor, lanzando de sus labios las palabras como salta la sangre de una arteria; tan sorprendente y admirable era el espectáculo, que toda la sala, todo el público, los estragados, los aburridos, los escépticos, los que sólo asisten á los estrenos, las mujeres de mundo, los críticos, los actores descontentadizos, toda aquella multitud á la que ya se le había dado á conocer todo repetido y machacado; aquel París que se cree ser todo París, lloraba, gritaba, se rompía las manos, llamaba y aclamaba á Elena Gervais en medio de una furiosa tempestad de aplausos.

Enrique, con los ojos hinchados, sin detenerse y sin respirar, corría al cuarto de la actriz. Brecheux decía: «¡Es la Rachel!» Saint-Ives, petrificado, melancólico, mordiéndose el bigote, miraba con pena á Clotilde Verrier que estaba descolorida, reflexionando si al pretender herir en el corazón á su rival, sólo había conseguido hacer cien veces mayor su triunfo.....

Luego, en medio del entusiasmo creciente de aquel éxito, en el foyer, en los corredores, en todos los grupos se oían las mismas expresiones.

—¡Es soberbia! ¡admirable! ¡Qué mujer! ¡Ella ha salvado la obra! ¿Y no le dieron el premio?

Tenían razón: ¡es una Desclée! ¡más que Desclée, una Dorval! ¡Una diosa, una verdadera diosa!

Los revisteros se precipitaron en busca de antecedentes. ¿Había detalles inéditos para darlos á conocer en la revista del teatro? ¿Mlle. Gervais era parisién? ¿Cómo se llamaba su profesor? ¿Dónde había nacido? ¿Qué edad tenía? ¿Cuál era su biografía?

Y corrían al escenario, donde se hallaban Brecheux, Alejo y Freville. Rodeaban á Guerard.

—¡Detalles, detalles! ¿De dónde habéis sacado el argumento de vuestra obra? ¿Dónde estaba esa inglesa? ¿Lucy Vaughan, decís?

Charrière encontró á Enrique que salía de ver á Elena.

—¿Qué le ocurre á la señorita Gervais?

—Nada, una crisis nerviosa. Ha llorado y se ha puesto bien.

Y el escultor, con los ojos alegres,

—¿No es verdad—le decía—que miss Vaughan es muy bonita?

Ya podía asegurarse que *Juana Michelin* había tenido un éxito extrordinario. El *estreno* había respondido á lo que se esperaba de los ensayos. Brecheux declaraba que nadie, entiéndase bien, nadie, era capaz de presentar una obra como aquella.

—Falta saber—decía Roblot, siempre prudente—si hará ganar dinero.

Y Brecheux, con voz de triunfo, le respondía valiéndose del gran argumento tratándose del teatro:

—¡*Cinco mil cinco* esta tarde! ¡Ha excedido el máximum!

Gardonne acababa de lanzar al público, entre una tempestad de aplausos, el nombre del autor: «*La obra que acabamos de tener el honor de representar es la primera producción dramática de Mr. Paul Guerard.*» Llamaron á los actores, llamaron á Elena, llamaron á Gardonne, á los Duret, á Pepezat, sí, á Pepezat, que hundía la mirada en los palcos para descubrir en el fondo la bien amada..... Mientras sus compañeros la arrastraban para que la joven, en primer término, recibiese la ovación del público entusiasmado, Elena, muy pálida, levantó la cabeza para mirar al proscenio donde hacía pocos momentos se exhibía Clotilde y tenía el descaro de acompañarla Saint-Ives.

¡Ya no estaban allí!

El proscenio estaba vacío.

Elena hubiera preferido verlos de nuevo; pero ante el entusiasmo del público, Clotilde prefirió huir, y despechada, llevando en su mirada retratado el rencor más profundo, abandonó el público —aquel público ingrato—á Elena, pero quedándose por lo menos con su amor, arrebatado como una presa.....

Y mientras Guerard, loco de alegría, expresaba su agradecimiento á la señorita Gervais, y en la efusión de su dicha la presentaba á su madre, una pobre anciana que temblaba de emoción; en tanto que Brecheux y Alejo se prosternaban ante la actriz como ante la aparición de un astro, el teatro iba desalojándose y por todo París se desparramaba una multitud poseída de entusiasmo, que

repetía sin cesar el nombre de Elena. En tanto Saint-Ives, en el fondo de un carruaje arrastrado al galope, decía una vez más á Clotilde con voz estridente:

—¡ Me habéis obligado á cometer una infamia! ¡una cobardía! ¡ He sido un vil, un débil! ¡me desprecio! ¡Debía haber despreciado el juramento que os había hecho! ¡soy un miserable!

Entonces ella le contestaba irónica y con una risita nerviosa:

—¡Bah! querido, ¡la vida está llena de pequeñas infamias, como el infierno está empedrado de buenas intenciones!

XI.

Estaba escrito que la inmensa alegría que Elena experimentara con el triunfo conseguido había de ser envenenada por la cólera y el disgusto. Un gusano corroía el fruto alcanzado, y aquella traición de Saint-Ives quitaba á las aclamaciones con que habían saludado su *debut*, brillante como una estrella que aparece, toda la fruición de la dicha. Era una victoria, sí, pero sin ningún placer, y cuando al día siguiente, al despertar, la actriz recibía un gran ramo de flores que los maquinistas del teatro le regalaban, le parecía que aquellas pobres flores triunfales tenían el mismo perfume que las artificiales que adornan las tumbas. Y miraba aquel *bouquet* inclinando la cabeza y con los ojos arrasados de lágrimas. ¡Qué despertar,

después de tantas esperanzas! La noche que Saint-Ives le había declarado su pasión creyó que su vida estaba ya trazada, que había encontrado lo que estaba dispuesta á conceder: un amor eterno.

Apenas habían transcurrido horas desde que la voluptuosidad de la primera confesión amorosa la acariciaba con un soplo dulce como el beso, y ya todo había concluído. No podía creer ya en la sinceridad de aquellas palabras, dichas y escuchadas con estremecimientos de placer. Le habían mentido. Se la había engañado. Sin duda Saint-Ives la habría tomado—¡á ella que se pasó la vida pensando en un amor único!—por una de aquellas mujeres de quienes él mismo le hablaba con hastío. ¡Qué desengaño!

Cada pláceme que recibía y cada nuevo homenaje que le llegaba, avivaba y abría más la terrible herida de Elena. Ya era una carta de Guerard, llena de reconocimiento, ya telegramas de sus antiguas amigas, de Esther Levy, de Pierron, una tarjeta de Felipe manifestando, conmovido, su alegría, una visita de Enrique Roquevert. Todo esto, lejos de consolarla, afligía su corazón. Enrique traía un fajo de periódicos. Todos hablaban de Elena poniéndola en las nubes. Apenas los miraba distraídamente. Su pensamiento estaba en otra parte. Le parecía que la Elena á quien dedicaban aquellos elogios no era ella, sino otra que debía ser muy feliz y muy gloriosa. Ella estaba desesperada con la especie de duelo moral que la rodeaba. Había confiado demasiado en aquel Saint-Ives, á quien había tomado como un tipo de caballerosa lealtad, como uno de esos hombres

que no saben mentir. No había adivinado los temores, las dudas y los vacilantes deseos de aquel mártir de su propia debilidad. Y como si todo hubiese acabado para ella, olvidando la realización de su ideal en el teatro, llena de amargura, sólo veía su amor herido de muerte.

Sentía vivos deseos de estar sola. Necesitaba confundirse con el movimiento de la calle, como si el ruído de los carros y de los transeuntes pudiera amortiguar su dolor. Y salió pensando que ya podía venir todo sobre ella, incluso Monerol amenazando, imponiéndosele; poco le importaba. Se encontraba en ese estado de ánimo en que se desea un nuevo pesar para apurar la copa del dolor. Si la alegría que constituye la vida se ve amargada, ¡qué más da que todo desaparezca hecho trizas! Al volver á casa le dijeron que había estado Saint-Ives. Palideció, y exclamando: *¡ah!* cogió fríamente la carta que el cómico había dejado para ella. Suplicaba, imploraba, pedía una entrevista. Ella le encontró cobarde, rompió la carta y no le contestó. Por la tarde se fué á pie al teatro maquinalmente. Brecheux la acogió como una soberana, riendo, dando palmadas y diciendo, á título de galantería, que le iba á levantar un arco de triunfo. Alejo, con mucha timidez y bajando los ojos ante la belleza de la actriz, balbuceaba un cumplido que parecía estudiado y que no terminaba. En cuanto Claudina apercibió á Elena, corrió á su encuentro, diciéndole con alegría:

—¿Sabéis que es cosa resuelta? Ya no hay obstáculos. ¡Nos casamos! Pronto se harán las amonestaciones.

Aquel mismo *¡ah!* profundo y doloroso que hacía poco se había escapado de labios de Elena, volvió á oirse. Sintió desfallecer su corazón. Quizá por la primera vez de su vida un mal pensamiento atravesó su mente. ¡Con espanto se preguntó si era capaz de envidiar la dicha de aquellos muchachos!

No. Aquella alegría le causaba placer. Por lo menos había seres que no sufrían. Cogió las manos de Claudina con efusión y la besó.

—Ahora tenemos que pediros un favor. ¿Seréis nuestra madrina, no es verdad?

—¿Yo?

—Os lo ruego. ¡Me sería tan grato! ¡Y además, esto nos traerá la felicidad!

—¿Así lo creéis?—dijo Elena tristemente.—Pues acepto.

Luis Duret, saltando de gozo, vino á darle las gracias. Elena subió á vestirse á su cuarto, y aquella noche representó su papel como si la vida y la inspiración del día anterior hubieran desaparecido.

—¡Bah!—decía el director.—Las segundas representaciones siempre son así, *flojas*. La energía se pierde, falta la voz, flaquean las piernas..... Pero todo volverá.

Al encontrarse Elena en las tablas, fijó sus grandes ojos tristes en aquel proscenio donde la noche anterior había visto á Saint-Ives sentado al lado de Clotilde. ¿Qué inconcebible tentación, qué desapiadada locura le había impulsado á presentarse en aquel sitio frente á frente de Elena, disparando sobre su corazón á boca de jarro? Sin

duda Clotilde Verrier lo había exigido. Su imperiosa actitud tenía implacablemente sometido á la obediencia á Saint-Ives. ¿Pero cómo no había tenido éste la fuerza necesaria para desligarse de tales lazos, para resistir la siniestra crueldad de un malvado capricho? ¿Cómo no se había encontrado con bastante valor y energía para negarse? ¿Tan vil era él? ¿Ella era tan poderosa? ¿Sabía hacerse amar tan extraordinariamente aquella mujer?

Y diciéndose que todo había concluido, que no le volvería á ver nunca, que no quería verle jamás, jamás (repetía la frase con rabia), Elena recordó que tenía prometido trabajar con él en aquella representación organizada en la sala Herd á beneficio de la casa-cuna de Saint-Clement. Se preguntó si le sería permitido negar su concurso y retirar la palabra empeñada, ya que él no había sostenido la suya. ¿Acaso aquellos niños sin pan que pedían socorros, habían de sufrir las decepciones de su amor? ¿Las pobres criaturas, aquellos inocentes que ella se imaginaba muertos de frío en sus camitas, habían nacido para sobrellevar la contrariedad de aquella traición? Lo había prometido, su nombre estaba impreso en el cartel. Trabajaría. Y trabajaría con él, si él no tenía el pudor de ceder su papel á otro cualquiera. Representaría el proverbio ensayado, reiría, le tendería su mano en el juguete que debían interpretar; en una palabra, cumpliría su deber; pero si él se atrevía á hacer la más ligera alusión á la terrible noche del día anterior, si pretendía disculparse, no le daría tiempo para ello. Por grande que

fuese el amor que aún tenía á aquel hombre, no podía perdonarle una bajeza semejante. Elena se había creído y se creía bastante fuerte para luchar contra los consejos de la pasión, las tentaciones y el halago; se sentía bastante noble y llena de dignidad para no perdonar tal villanía. La mentira, la bajeza, la falta repugnante de franqueza, todas estas cualidadas despreciables la llenaban de indignación. ¡Y él había mentido! ¡Y él se había envilecido hasta el extremo de ostentar su traición ante el público, exhibiéndose vulgarmente en un proscenio del teatro!

En los mismos momentos que aquella conciencia sin mancha y aquella lealtad ultrajada se revolvían contra Saint-Ives, éste por su parte sentía el remordimiento de su debilidad, y por reparar, por borrar el recuerdo de aquella noche, hubiera dado diez años de su vida. Mientras no hubo despertado de su embriaguez, no se sintió tan profundamente humillado á sus propios ojos y abatido ante Elena. Después de tantas resistencias poniendo en juego su frialdad, había sucumbido al irresistible ascendiente de una mujer que le recordaba el suicidio de un amigo. Dominado por la pasión, se había dejado llevar á renegar de su amor, á faltar al juramento del día pasado, á consentir en aquella pública exhibición ante Elena ultrajada. Verdad era que la debilidad de Saint-Ives era culpable, y cobarde su obediencia; pero más que á él debía atribuirse á Clotilde Verrier capaz de todo cuando llegaba á considerarse la que mandaba. «*Lo que yo quiero, como yo lo quiero*», esta era la divisa insolente de la actriz. Dominaba á sus amantes en

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA CAPILLA ALFONSINA

absoluto y los arrastraba á su antojo con su poderosa é implacable voluntad.

Así, pues, Saint-Ives había sido sincero cuando había dicho á Elena: «¡os amo!» Sí, era cierto; sí, él la amaba, la respetaba, le tenía la más profunda veneración y le hubiera querido hacer ver la adhesión más ardiente, pagando cada minuto de su traición con un año de su vida, con la sangre de sus venas. Pero su trastornada cabeza había hecho callar al corazón, y entonces, estrujado entre aquel casto amor, dulce como el consuelo, y aquella pasión incendiaria que parecía quemar su cuerpo como un ácido, Saint-Ives forcejeaba, descontento de sí mismo, por librarse de aquellas ligaduras que le apretaban hacía unas horas y de los repentinos desalientos que hacían imposible toda resolución.

¡Ah! por lo menos hubiera querido volver á ver á Elena, pedirle perdón, jurarle que era la más venerada y más querida..... Pero huía de él. No estaba visible en su casa. Y en el teatro no se atrevía á presentarse, porque en aquel lugar había cometido la infamia más vil; su aparición en aquel palco.

—Al menos la veré en la sala Herz cuando representemos juntos.....

Y al pensar esto temía que la señorita Gervais hubiese devuelto su papel negándose á trabajar con él. Por eso fué grande su alegría cuando supo que ella continuaba en la idea de trabajar. Clotilde Verrier aconsejó irónicamente á Saint-Ives que aprovechase aquella ocasión para consolar á la pobre joven.

—Seréis dueño de vuestros pasos, querido mío, puesto que yo no pienso asistir al concierto.

El párroco de Saint-Clement había combinado perfectamente el espectáculo. *Juana Michelin* se terminaba á las once y media. Mlle. Gervais podía llegar á la sala Herz á las doce menos cuarto. El proverbio se representaría lo último, como coronamiento de la función, pues efectivamente era su principal atractivo.

Elena acudió á la sala Herz como el soldado que va á la batalla ó el hombre que va á un duelo. Lo exigía el deber. Descendía de su carruaje, sencillamente vestida, pero con un gusto elegante, cuando descubrió á Saint-Ives que evidentemente la estaba esperando. La luz del gas caía directamente sobre el descolorido rostro del actor. Ella á su vez se sintió también palidecer tanto como Saint-Ives.

Sin detenerse atravesó la escalera que conducía al saloncito que había tras el escenario. Él le había alargado la mano sin que ella pareciese notarlo.

El público estaba esperando, y era preciso trabajar en seguida.

—¿Sabéis bien vuestro papel?—preguntó Saint-Ives con voz tímida.—Hace mucho que no lo hemos ensayado.....

—¡Estad tranquilo, yo no olvido nada!

Elena había respondido secamente, en tono esquivo, muy distinto del que le era habitual. Saint-Ives se hallaba como un condenado escuchando su sentencia.

Salieron á escena y representaron en tono risueño y con envidiable jovialidad el duo mundano que estaba anunciado. Saint-Ives, de corbata blanca y traje negro ajustado, estaba elegante, es-

piritual, con desenvoltura, como si su imaginación se hallase libre de todo cuidado; su picaresca sonrisa levantaba como siempre su bigote, y Elena, de ordinario melancólica, interpretaba con una gracia fina y delicada la escogida prosa del juguete. Reían y aplaudían: la sala entera estaba encantada, y al llamarlos á escena la mano de Elena se apoyó en la de Saint-Ives; pero cuando—después de haber salido para dar las gracias al público—se hallaban en el saloncito que servía para descanso de los artistas, éste quiso deslizar al oído de Elena palabras suplicantes, ella volvió tranquilamente la cabeza, y su mano, que sostenía un abanico, tembló ligeramente.....

Como la noche de aquel ensayo general de *Juana Michelin*, cuando esperaba al extremo de la escalera, Elena había pedido que hicieran llegar su carruaje á la puerta. Pensaba cuán diferentes eran los días. Violentamente conmovida y con el corazón apretado, necesitaba toda la energía de su alma para desoir la voz entrecortada de Saint-Ives repitiendo frases que parecían impregnadas de lágrimas..... Luchaba consigo misma. Hubiera querido no oirle. Deseaba que llegara pronto el carruaje para que la llevase y la arrancara del lado de él. Temía que iba á perdonarle, y comprendía que esto era imposible. ¡Perdonar! Todo su ser se indignaba ante tal pensamiento. Sí, el perdón vulgar, el que se arroja al culpable como una limosna, podía concederlo. Pero jamás olvidaría. La herida había sido demasiado profunda. La pobre joven, en el desencanto de su ilusión, había caído de muy alto.

Y sin embargo, Saint-Ives comprendía muy bien que si, en uno de aquellos arranques, no lograba ganarse el afecto de Elena y tomar posesión de su ternura, era fácil que ya nunca más se le presentara ocasión propicia..... Entonces su voz se hacía más humilde todavía; todo lo que en él había de malestar é indignación contra sí mismo, se trocaba en ardientes súplicas..... Elena cerraba los ojos como no queriendo ver, y le daban ganas de taparse los oídos para no oir. Su pobre corazón latía como al eco de un pasado querido que había muerto.

Y él, dejando escapar su pensamiento completo, mostrando el terror que le inspiraba su propia debilidad, la decía que si ella le abandonaba, si no le perdonaba, si no le concedía el olvido de todo, el olvido deseado, bienhechor como un bálsamo, su suerte estaba ya decidida; extraviado, desesperado, no teniendo nada que esperar en la vida, se impondría por sí mismo el castigo de su falta hundiéndose en ella, se abandonaría á la corriente que había querido contrarrestar, expondría su carne para que se clavaran en ella las uñas que la acariciaban, se complacería cruelmente sumiéndose por sí mismo en el vicio y—el actor byroniano aparecía sinceramente en el enamorado descompuesto y exaltado—procuraría hacerse el mayor daño, puesto que, habiendo entrevisto un ángel salvador, el destino le separaba ahora de él.

Elena se estremecía. Descubría la verdad sencilla, profunda y absoluta que se encerraba bajo aquella fraseología novelesca. Pero si entonces era sincero Saint-Ives, también sin duda lo había sido

cuando murmuraba palabras de amor al oído de Clotilde. Su débil corazón, maleable como la cera, ¿estaba acaso dominado por todas las pasiones? Una vez la había hecho traición. ¿Por qué no había de hacérsela otras más? Y sin embargo, la piedad iba apoderándose de Elena. Se sentía desfallecer también á causa del invencible horror que le inspiraba la mentira; quería huir, encontrarse sola, lejos de él, lejos de aquel hombre, para juzgarle mejor, para verle nuevamente pálido y frío en aquel proscenio en que había aparecido..... para calcular entonces el valor de aquellas protestas, de aquellas súplicas y juramentos de Saint-Ives.....

Pero allí, escuchándole, adivinando sollozos ahogados en las palabras que confusamente llegaban á sus oídos, experimentaba indecible angustia y á su vez tenía miedo de sí misma.....

Aquel duo doloroso, lleno de violencia y sufrimiento, tan diferente del sutil proverbio que hacía un momento habían *bordado* los dos cómicos, fué interrumpido bruscamente por una voz resonante:

—¡El coche ha llegado!

Elena bajó rápidamente los peldaños de aquella escalera como para librarse de aquel Saint-Ives que, como un insensato, fué tras de ella dirigiéndola, cuando ésta se hubo dejado caer en el asiento del carruaje, estas palabras que eran como la última amenaza, la postrer queja de un ser decidido á morir:

—¡Adiós, pues, Elena! ¡Podréis decir que habéis empujado á un hombre hacia el abismo!....

Tentada estaba ya de llamarle, de hablarle. Le estaba viendo aún en la puerta, de pie, con la cabeza descubierta, inmóvil..... Su último grito parecía un reto doloroso.

¿Si se perdería verdaderamente para siempre por no haberle ella perdonado?

—¡Bah!—pensó—¡ya le consolará Clotilde Verrier!

Todo el disgusto que le causaba la mentira, todo el horror que le producía la falta del cumplimiento de una palabra, se apoderaba de su corazón, como si la ahogara un espasmo.

Saint-Ives continuaba en su sitio petrificado, anonadado, viendo á su alrededor abierta una sima, en tanto que el coche se llevaba á Elena por aquellas calles medio desiertas.

Después de esta escena Elena ansiaba más la soledad. Se pasaba el día casi entero en su cuarto. Las visitas de Enrique no la consolaban. Más de una vez le cerró la puerta ella misma, sin hacer caso al timbre de la campanilla. Hundida en una butaca, con la mirada fija, permanecía allí como anonadada por una gran desgracia. ¿No era esto llevar luto por su amor? Por la noche, la presencia del público la galvanizaba. Olvidándose de sí misma, era la verdadera Juana Michelin, y sufría los dolores de aquel ser imaginario. Todavía seguía la obra haciendo efecto, dando buenas entradas, que, no obstante, parecían cada día más flojillas. El grueso Brecheux empezaba á notar que la obra era «un poco demasiado literaria».

—¡El estilo, el estilo! ¿Qué le importa el estilo al caballero que viene á dejarme sus dos escudos? Cuando yo iba al teatro, me burlaba del estilo. Digo más, cuando la obra era en verso, no iba.

Así iban pasando los días. Poco durarían las hermosas tardes de otoño. Luis Duret, cuyo casamiento con Claudina estaba ya fijado, deseaba aprovechar uno de aquellos últimos días en que el sol brillaba hermoso. Se había acordado, siguiendo los consejos de Gardonne, que después de la ceremonia irían á almorzar al campo, un almuerzo *de caza* que se prolongaría hasta la hora de levantar el telón. Toda la compañía estaba convidada. No se quería que los gastos corriesen por cuenta de los novios, y menos aún por cuenta de los Duret, los fabricantes de objetos de azabache. Serían á escote. Sólo así podrían divertirse. Gardonne, hastiado de los paisajes de bastidores y de los árboles pintados, respiraba ya, dilatando todos sus pulmones, los ricos aromas del campo. ¡Cuánto se iban á divertir! La pequeña Esther Levy, contratada en el Odeón, era de los de la partida. Miss Vaughan se había excusado: un gran almuerzo «diplomático» en el pabellón de Enrique IV la retenía en Saint-Germain. ¡Bah! ¡se pasarían muy bien sin la inglesa! Lo importante era que no faltase Elena Gervais.

Bien hubiera querido ésta rehusar, pero disgustaría á Luis y á Claudina. ¡Y se amaban tanto! ¡parecían tan felices! Luis tenía las lágrimas en los ojos, y Claudina reía alegremente ante la idea de que en lo sucesivo la llamarían *¡señora!* «Por su desgracia», murmuraba la madre Hard.

Elena, como todas, acudió puntualmente á la alcaldía. Todo el personal del *Teatro del Boulevard* esperaba; Brecheux á la cabeza, sirviendo de testigo al pequeño Duret. El padre del desposado,

ostentando corbata blanca, y la señora Duret, ambos mostrando cierto ceño, miraban de soslayo á la madre Herd, no menos tiesa. Mientras los muchachos conversaban alegremente, los padres cambiaban en tono agrio y malhumorado reverenciosos *señor* y *señora*, dejando ver á las claras su mutuo disgusto por el casamiento.

Pepezat, hermosote como una flor, buscaba entre los parientes de Luis Duret—pobres gentes vestidas de domingo, tenderos compuestos como si estuviesen en escaparate—la viuda ideal que debía aportar en dote el producto de la venta de una tienda junto con una casita en Vincennes ó en Bel-Aire.

Todo sofocado, impaciente y rabioso, Brecheux se secaba el sudor, siguiendo su costumbre, y haciendo sonar la lengua contra su paladar, repetía:

—¡Vaya, vaya! ¡Parece que se burlan de nosotros! ¡Ese alcalde no llega! ¡está almorzando! ¡Estas gentes no quieren molestarse! ¡Y yo que estoy citado para tratar de una obra nueva! ¡Iré á reunirme con vosotros en Joinville!

¡Una obra *nueva!*

Esta palabra hizo palidecer á Guerard ¡Brecheux pensaba ya en reemplazar á *Juana Michelin!* El autor preguntó tímidamente á Alejo, que andaba muy obsequioso con Elena, «si no daba ya dinero».

—¡Menos!

—Pero puede cambiar y mejorar—replicaba Roblot, hombre que tenía experiencia en todo.

En medio de toda aquella gente, Elena sentía un aislamiento absoluto. Respondía sin fijarse á las gracias de Esther Levy, que charlaba como un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

papagayo. No atendía á la ceremonia; distraída, parecía no oir siquiera. El *sí* del pequeño Duret, pronunciado con firmeza, y el de Claudina, que parecía como escapado en una risotada, la llamaron la atención. Estaban casados. Iban á ser felices, á establecer una morada donde descansar de las tormentas humanas. ¡El matrimonio! ¡Un hogar! ¡Los hijos! Esto era lo que ella, la pobre joven, había deseado—y en verdad que no era una aspiración ambiciosa—ante su amarga soledad y el trágico desenlace de sus esperanzas, las quejas de *Ifigenia* (su papel de otro tiempo) acudían á su mente como el eco de una voz y de un pensamiento lejano:

¡Ay! de inspiración demostraciones tales
Me elevan sobre todos los mortales.

Y mientras ella escuchaba en cierto modo aquellos versos que murmuraba su memoria, la ceremonia terminaba, bajaban la escalera, subían á los carruajes é iban á la iglesia. Elena seguía maquinalmente, se sentaba, miraba al cura y oía los acentos del órgano con ganas de llorar, y luego, casi sin saber adónde, iba hacia el tren, subía en el vagón, descendía con toda aquella alegre boda de cómicos célebres, atravesaba la pendiente calle que desde la estación de Joinville conduce al Marne, y se detenía allí en un restaurant en el que Pepezat estaba ya dando disposiciones, para lo cual había ido en el tren anterior, con el fin de ver si habían preparado la comida en la terraza á lo largo del Marne, como tenían dispuesto. Y en

tanto que Pepezat dirigía la palabra á la tabernera, que le miraba algún tanto estupefacta hacer contorsiones, Gardonne se entretenía en cortar una rama de árbol y en pulirla, para hacer, según decía, un bastón de teatro, pero en realidad para tener entre sus dedos la fresca y viva savia de la madera.

En cuanto llegó la boda—llamando la atención de los marmitones del hotel que curiosos salían á verla—se pusieron á la mesa. El padre Duret, para distraerse, dirigía la vista á su alrededor, admirado de la vulgaridad de aquel restaurant campestre, y Pepezat para *animar* repetía: «¡Qué bien se está aquí! ¡qué bien, hijos míos!»; el viejo Jovelin marmoteaba su habitual monólogo, y Elena observaba el mantel, los anchos platos en los que humeaba la sopa de hierbas, y el antiguo piano de nogal, con su etiqueta del tiempo de Luis Felipe, *Roller y Blanchet, proveedores de la Real Casa, calle Hauteville*. También miraba las virolas de cobre que indicaban el sitio de los candelabros, el papel de la pared, donde se veían dibujos borrosos representando palmeras color verde col creciendo en Alhambras amarillas, y un sultán con capa encarnada, de pie delante de una sultana blanca, sentada y tocando la bandurria. En aquellos dibujos repetidos, el zócalo de la pared, cortando el papel precisamente por las cabezas de las sultanas, hacía que en la parte inferior apareciese como una larga fila de decapitados.

Sentada en aquel sitio, en una silla de junco amarilla, y para librarse en parte del molesto ruido de aquella animada reunión que le ponía triste, Elena

BIBLIOTECA CENTRAL CAPILLA ALFONSINA

al menos podía, desde la terraza que daba al río, recrear la vista mirando el verdor bronceado de los árboles que aparecía iluminado por un rayo de sol caliente y esplendoroso.

Y en efecto, silenciosa tendía la mirada á lo lejos. El puente aparecía en completa claridad, el agua haciendo remolinos bajo sus arcos, las cimas de los árboles cubiertas de polvo, los álamos deshojados, los tejados de pizarra, las casitas rojas, los pabellones campestres sucios ya con la tierra del invierno, los botes encallados, las cuerdas con la ropa blanca tendida, las muestras de restauranes con sus títulos «de los Pescadores» ó «de la Marina»; y cuando por casualidad la mesa quedaba en silencio, á lo lejos oía el canto de un gallo ó el cloqueo de alguna gallina, obscurecido de pronto por el silbido de la locomotora. Contemplaba aquel paisaje de otoño, los emparrados, bajo los cuales se extienden sobre el verde suelo los limpios manteles, favorecido por un cielo azul, suave como una perla, ó el polvo de pizarra, las hojas de los árboles y los cerezos cubiertos en Abril con mechones como si fuesen de algodón, y entonces desnudos y casi calvos haciendo suspirar á Gardonne. Luego, mucho más allá, los campanarios de Nogent, las casas escalonadas, los humos rojizos de las fábricas juntándose en el fondo del horizonte con las ligeras nubecillas, que por minutos iban cargándose de un color de tempestad, como si en aquel fin de estación se hubiera sentido brotar la vida del cálido verano.

Poco á poco iba aumentando la algazara alrededor de la mesa. Devoraban atrozmente; los dilatados pulmones respiraban con entera libertad. Un exceso de vida animaba aquellos semblantes pálidos, en los que se descubría una anemia especial, la anemia del teatro. La luz del día daba á aquellos rostros, hechiceros á la luz de la rampa, tonos lívidos desconocidos. Pero en los ojos lucía la llama de la alegría y en los labios no faltaba la risa del placer. Gardonne daba con el puño en la mesa, lamentándose de no poder vivir siempre así en la verdadera vida natural, respirando el aire libre cargado de ricos aromas. Pepezat miraba de lejos á algunas parientes del pequeño Duret, y Claudina enviaba á través de la mesa graciosas sonrisitas á su marido, que estaba encarnado de gozo. La madre Hard no murmuraba ya, comía; pero el señor y la señora Duret no cambiaban su aspecto melancólico. Toda aquella turba de actores fuera del teatro les tenía estupefactos.

A los postres, apareció Brecheux, que venía de París expresamente para pagar el champagne. Su presencia fué saludada con atronadores hurras. Roblot brindó por la felicidad de los recién casados y por la prosperidad del nuevo teatro; Duret dedicó el brindis á su director y á la primera obra de Mr. Alejo Brecheux, allí presente, y que modestamente se ocultaba tras de su copa. En seguida quisieron ensayar un baile improvisado, y al momento se puso Alejo al piano de los *proveedores de la Real casa*, y ejecutó medianamente un bailable. Un apetito de idilio y de campo se apoderó de aquellos pobres diablos, encerrados siempre entre bastidores, y unos apoyados en los brazos de los otros, echaron á andar, conversando, can-

tando ó riendo, á lo largo del Marne. A la cabeza iban los pequeños recién casados corriendo como locos, Pepezat refiriendo su vida á la Duret, madre, y los abuelos, andando maquinalmente unos al lado de otros y dirigiéndose miradas recelosas é investigadoras. El padre Duret, que había concluído por humanizarse, iba contando su juventud á la gruesa dueña que se apoyaba en su brazo.

Elena iba del brazo de Gardonne, á quien estimaba mucho. Él le manifestaba hasta qué punto aquel día de campo hacía más penosa todavía la perspectiva de su vida ordinaria. Su mayor deseo sería morir obscurecido, ignorado, en alguna casita de la ribera, en una cabaña de aquellas que se veían en la isla que tenían ante ellos. Todo le entusiasmaba, le divertía; los mulos de labor pasando sobre la surcada tierra, el castillo de Poulangis que se distinguía á lo lejos, todas aquellas muestras, los carteles con anuncios que hacían latir su corazón: «Se vende», «Se alquila, informarán calle de.....»

—¡Qué felices son los que tienen un rincón, lejos del teatro!.....—suspiraba el cómico.

Luego, esperando á que la boda se adelantara, dejando oir sus carcajadas, parándose delante de todos los objetos, de una pared, de un kiosco, de un recodo del rio surcado por lanchas blancas y azules, de una canoa enarbolando cualquiera bandera reflejada en las aguas, de una elevación en la que ondeaba la tela tricolor del alquilador de embarcaciones, de aquellas casitas ocultas entre los árboles, blancas, rojas ó negras, de un campanario de iglesia que descollaba entre ellas, de los ribazos de Champigny que distinguía á lo lejos, el cómico repetía:

—¿Verdad que esto es hermoso? ¿Hay delicia mayor que el no separarse jamás de estos sitios?

Disfrutaba un encanto parecido á los que todos los años le permitía gozar en el mes de Abril la libertad en que quedaba durante las vacaciones de Semana Santa, el fresco perfume de la primavera subía á su cerebro confundido con el sonido de las campanas que llegaba de lejos, y el pobre actor no podía dejar de detenerse ante los sauces, con sus ramas en la corriente de las aguas, como cabelleras de gigantes bañándose, y todavía, cual si estuviesen en Abril ó Mayo, buscaba florecitas en las cercas y creía oir la campanilla de algún chotillo corriendo tras de la madre, que se ponía de manos para alcanzar con los dientes la hojarasca de los vallados.

Elena no podía menos de decirse que los sueños se ven pocas veces realizados, y que lo mismo sería ella amada que Gardonne rico. Y sin embargo, era muy poca cosa una cabaña en la orilla del río, un refugio en aquellas breñas, lo mismo que era muy natural aspirar á que un afecto leal respondiese á una ternura profunda, á un pensamiento consagrado á todas horas, pagando la deuda de un amor casto. ¡Sí! pobres gentes, ¡qué menos podían ambicionar! y sin embargo, ¡cuán imposible se les presentaba, puesto que la suerte había torcido la realización de sus sueños como un niño destroza su juguete!

Así transcurría el día: Elena cavilando, sintiéndose tanto más aislada, abandonada, desconsolada y engañada, cuanto que se veía rodeada de una multitud alegre y ruidosa que quería obligarla á correr, á distraerse, á *emborracharse* de hierba.

—¡Vamos, Elena!—le decía la pequeña Esther con su buen humor;—que éstos son ya los últimos días buenos. ¡Ya caen las hojas!

Y sobre aquellas alegrías de esclavos en libertad, parecidos á estudiantes en vacaciones, Elena estaba viendo formarse la tempestad y le parecía que siempre amenazan cielos como aquél las alegrías humanas. Se aproximaba la noche. Bajo una nube grande como un enorme bloque de color obscuro, proyectando reflejos rojizos, el sol descendía en el horizonte, deslumbrador, blanco y luminoso, uno de esos soles de los días tempestuosos, haciendo destacarse las ramitas con una perfección singular. Las amarillentas hojas de otoño se agitaban con el viento precursor de la lluvia, y por minutos aquella enorme masa negruzca, la espesa nube opaca iba haciéndose mayor, se presentaba amenazadora, temible, siniestra, un cielo de esos que nos obliga á alargar el paso, y ya en el horizonte incendiado por el poniente, se veían cruzar por el espacio gotitas de lluvia, brillantes como lentejuelas.

—¡Marchémonos!—decía Brecheux riendo.—¡Pronto será hora! ¡Y vamos á tener un tiempo á propósito para que haya *buena entrada!*

—¡Viva la lluvia!—dijo Pepezat, que estaba alegre.

Y como, en efecto, llovía, echaron á correr hacia la estación del ferrocarril, los novios delante, Claudina levantándose la falda blanca y echándola sobre su corona de azahar, *como Virginia*, según decía Luis; la pequeña Esther Levy, sujetándose el corsé y reventando de risa; Pepezat siempre digno, Tovelin sin dejar su aire tosco..... Era una verdadera algarabía cuando aquella turba de galopines en libertad, asaltó los vagones, trasladándose á París, donde debía terminar aquel día de boda, representando en el teatro *Juana Michelin*, viéndose obligados Claudina y Duret á desempeñar sus papeles antes de encontrarse solos completamente en ese íntimo *tête-à-tête* de los que se han casado por amor.....

Aquella loca excursión en plena libertad dejó á Elena todavía más triste. Realmente había sufrido durante aquel interminable día de placer. Aquellos transportes de gozo herían sus perdidas esperanzas. ¡Qué dichosa hubiera sido si aquel Saint-Ives la hubiese amado! ¡Y él había extinguido su vida entera en una noche, en una hora, y para siempre!

En todo estaba pensando Elena al día siguiente, cuando oyó llamar á la puerta. Suponiendo que sería Enrique Roquevert fué á abrir. Era Marcy.

Encerrada en su amarga soledad con una especie de voluptuosidad insaciable, experimentó no obstante una sensación inesperada de placer al ver á Felipe. Se encontraba muy á gusto ante aquella honradez sencilla y aquel corazón recto. Además hacía mucho tiempo que no le había visto. ¿Qué había pasado por aquella exis-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

tencia? Parecía triste. ¿Estaba enfermo Andresito? No, á Dios gracias; el niño crecía con sus inclinaciones de hombrecillo y sus caricias de niño. ¿Y Mme. Marcy, la madre? Estaba bien, viviendo siempre sola, pero muy feliz y satisfecha con las visitas de Felipe y las *meriendas* que Andresito hacía en su cuarto. ¿Y Mr. Charrière? Marcy movió la cabeza. Elena debía tener noticia de que la pasión dominante, terriblemente violenta que sentía por miss Vaughan le tenía fuera de sí; ¡á Charrière, aquel burlón, aquel prudente! Como un cordero se dejaba llevar de la inglesa, trabajando como un desesperado para poder pagar su lujo, haciendo de su arte su constante ocupación, á fin de poder retener cerca de él aquel modelo de una *Venus* que, según él decía, había de inmortalizarle, y que, por de pronto, engañándole y burlándose de él, le estaba arruinando moral y materialmente.

—Ya no es el mismo—decía Felipe con tristeza.—¿No habéis vuelto á verle?

—A lo lejos creo haberle visto. Pero parece que huye de mí.

—Huye de todo el mundo, como los que están en el camino de la perdición.

Elena notó con espanto que el pintor había dicho aquello en voz muy baja, muy triste y con una expresión de fatiga y como de agitación en su dulce mirada. Entonces se fijó en él con atención. Había envejecido mucho. Estaba más delgado, más abatido. Había un nombre que instintivamente la joven no se atrevía á pronunciar, el de Sabina.

Mientras él preguntaba á Elena por su vida, sus proyectos, sus triunfos, ella se decía, adivinando con su instinto de bondad las penas del artista, que un dolor oculto consumía á aquel hombre y que éste experimentaba mayor alegría viendo de nuevo á su *Caridad* de otra época—á su modelo—que ella al encontrarlo.

¡La *Caridad!* Aquella *Caridad* que tan admirablemente había pintado; aquel cuadro en el cual había querido revelar todas sus cualidades de pintor y pensador—no contentándose con la forma, sino comunicando á aquella tranquila y consoladora figura una expresión de humana y profunda piedad—lo había expuesto no hacía mucho en el salón de una de esas exposiciones de los círculos artísticos, donde los aficionados entran cuando por allí pasan. Una vez expuesto, parecía que sus rivales, sus enemigos (los tenía sin conocerlos), estaban acechando la ocasión propicia, el primer momento para ridiculizarlo, y si por casualidad tenía un descuido, para pisotearlo en el suelo.

Una exposición rival, la de los Independientes, se abrió al mismo tiempo, escandalosa, exagerada con el reclamo. Baloche había desembolsado generosamente para los primeros gastos, y había ido más lejos, adelantando los fondos necesarios para fundar un periódico especial, destinado á *sostener* la exposición del Trivialismo. La dirección había sido confiada al propio Foubertaille, y el *Trivialista*, periódico de los intereses del arte, que salía los sábados y se vendía en la plaza Clichy y en todos los kioscos, publicaba retratos y biografías de pintores, pero de verdaderos pintores,

BIBLIOTECA CENTRAL